

# EL MISTERIO DEL ENCUENTRO

Llorenç Sagalés Cisquella

1. Hace casi cien años, al final de la I Guerra Mundial (1914-1918), estalló en Europa toda una crisis de civilización que se iba gestando desde hacía tiempo, y en la que todavía estamos. La hecatombe bélica hizo tomar conciencia del desmoronamiento de una imagen del mundo y del hombre que había estado vigente desde el principio de la modernidad durante los cinco últimos siglos. El progreso científico y técnico que se había producido en este tiempo y la confianza pueril en la bondad de la naturaleza humana, habían seducido a muchos espíritus y había hecho concebir al hombre de finales del s. XIX, principios del s. XX unas expectativas tan ilimitadas e ingenuas que no es extraño que condujeran tarde o temprano a una conmoción espiritual. Fue tan grande la decepción sufrida al comprobar que el incremento indefinido del saber teórico y material no se había traducido en un aumento de la felicidad humana y de la ética, y que además había llevado a la matanza en masa de millones de personas, que por primera vez se pusieron en cuestión algunos de los valores de la modernidad.

Es así como la quiebra trágica del mito del eterno progreso de la razón y del optimismo cándido supuso la crisis y cuestionamiento del ***“ideal del dominio y de la posesión”***, que había constituido la meta y el impulso del hombre europeo desde el comienzo de la edad moderna. Y a la vez, a través de las nuevas corrientes de la fenomenología y del personalismo judeo-cristiano, fue abriéndose paso el ***“ideal del diálogo, del encuentro y de la acogida”***. Meditemos aquí sobre estos ideales o formas distintas de acercarse a la realidad, el “dominio” y el “encuentro”, así como sobre las actitudes radicalmente opuestas que se derivan de ambos. Y mostraremos la fecundidad creativa del segundo enfoque, el del encuentro interpersonal, para una auténtica vida en el espíritu que quiera respetar la densidad de lo real tal como éste se quiera presentar. Si queremos esbozar algo del misterio del **encuentro**, debemos aprender a escuchar la realidad en todas sus dimensiones, materiales y espirituales.

2. El primero de todos, el **ideal del dominio**, se fue dibujando en el paso de la Edad Media a la Edad Moderna, cuando confluyeron el capitalismo naciente, la nueva ciencia newtoniana y un creciente individualismo que prescindía del trascendente y lo medía todo desde el hombre. La búsqueda del **beneficio**

inmediato y gratificaciones fáciles, estimuló la actitud de replegamiento, de cerrarse en sí y dejarse seducir por todo lo que fascina, lo que sacia las pulsiones instintivas y avasalla a la voluntad. ¡Cuánta belleza engañosa! La verdadera belleza no seduce sino que otorga libertad. En cambio la falsa belleza es espectacular, produce exaltación, euforia, y promete una conmovedora y rápida plenitud personal, pero causa rápidamente una honda decepción. ¿Por qué? Porque al ceder a la fascinación, el que se deja llevar por el ideal del dominio permanece encapsulado en su yo y reduce todas las realidades a medios para la obtención de fines; es decir, lo reduce todo a “objetos”. El tú, el otro, se convierte en un puro objeto o instrumento para mí, para mi beneficio o mi goce individual. Y esa es la reducción que no permite el encuentro, que sólo es posible entre personas o, como veremos, entre éstas y “ámbitos”.

La actitud de dominio hacia lo real es la que lleva a intentar capturar las cosas, a intentar conquistarlas y poseerlas como si fueran de mi propiedad, sin darme cuenta que no hago más que alejarme de ellas y degradarlas. El resultado es la soledad y una imparable tristeza que nos va cubriendo el alma. Esa decepción se repite una y otra vez, y cada nueva captura o posesión no hace más que incrementar la sensación de insatisfacción, de tedio, de aburrimiento. Se acaba provocando un sentimiento de angustia, de asfixia espiritual, de no recibir de ninguna parte el oxígeno necesario, la colaboración requerida para crear algo y desarrollarse como persona. Cuando es irreversible, la angustia desemboca en “desesperación”, *esa enfermedad mortal*” de la que habla S. Kierkegaard<sup>1</sup>, y se produce una insufrible amargura interior y lleva a la “destrucción”, la propia en el suicidio o la ajena en el homicidio. Es la experiencia del vértigo<sup>2</sup>, típica del contemporáneo hombre del absurdo. Cuando éste se siente con un aplastante falta de sentido e incomunicado con su entorno, es incapaz de “*dejarse mirar*” por el rostro del otro y de “*mirar hacia*” el otro compasivamente saliendo de sí.

En el vértigo o fascinación, el hombre sólo tiene una alternativa: o bien da la primacía al yo e intenta “*dominar*” a la realidad que le atrae (es el vértigo de la ambición o dominio); o bien concede la primacía a la realidad atractiva “*fundiendo*” el yo con ella (es el vértigo de la fusión disolvente de los límites individuales). Las dos soluciones parecen opuestas, pero se hallan en una misma línea, una línea objetivista, no creadora. Y en ambos casos el hombre se deja llevar por el afán de ganancias inmediatas: voluntad de dominio sobre el otro tomado como objeto de posesión, de mercancía y de compraventa (“*todo el mundo tiene un precio!*”), sin percibir que al querer imponerse sobre el otro

---

<sup>1</sup> Sobre el “encapsulamiento del yo”, la soledad que incrementa la insatisfacción, es muy sugerente el estudio de KIERKEGAARD, S., *La enfermedad mortal*, Madrid: Trotta 2008.

<sup>2</sup> Concepto que utiliza el filósofo español de la corriente personalista Alfonso López Quintás. Todos sus libros son de especial interés sobre la relación interpersonal, la fenomenología y la noción de encuentro.

se disuelve, se aniquila a sí mismo. Su vida se convierte en un monólogo que consume y devora lo que le rodea, sin entrar nunca en una relación auténtica y aislándose en una soledad enclaustrada. No es extraño que el que se abisma en ese vértigo pierde poder de discernimiento y va quedando a merced de los manipuladores, violentándose a sí mismo y engendrando violencia. De ahí que hoy se cultiven por igual el goce desenfrenado y la violencia, sólo distintos en apariencia.

3. El segundo ideal o forma de acercarse a la realidad es el ideal del encuentro.<sup>3</sup> Frente a la actitud de “*sospecha*”, incluso de miedo, hacia lo real que caracteriza al ideal de dominio, ahora, en el ideal del encuentro, prevalece una actitud de confianza, de apertura, de respeto hacia lo real. Y es ese respeto precisamente lo que permite el misterio del **encuentro**. Al encontrarse y dejarse encontrar, el hombre, que es un “*ser de encuentro*”, es decir, un ser-para-los-otros, se desarrolla como persona. Pero veamos más de cerca las condiciones de ese encuentro.

El encuentro sólo es posible entre “*ámbitos*”, no ente “*objetos*”. Un **objeto** es una realidad bien delimitada, que se puede coger, medir, pesar, localizar; en cambio, un **ámbito** es una realidad abierta que no se deja capturar, ni poseer, ni mesurar, pero que es capaz de suscitar creatividad y relación con otras realidades, y de configurar un mundo afectivo, estético, ético o religioso entre ellas. Por eso, reducir una persona a objeto, es decir, convertirla en un simple medio para la obtención de un fin, destruye de raíz la posibilidad de **encuentro**. Esto quiere decir que si queremos encontrarnos de verdad con una realidad (p.ej. una montaña o una persona), debemos “respetar” su condición “ambital”. Es decir, debemos resistir a la tentación de capturarla y aprender a acogerla: debemos permitir que se nos entregue libremente como ella quiere. Ese respeto o pudor ante el misterio y la densidad de la realidad implica la renuncia a la voluntad de poseerla y de convertirla en satélite del propio yo; y, a la vez, busca iluminar y resaltar al máximo sus condiciones y virtualidades. El que desea establecer una relación de encuentro con un ámbito debe aprender a escucharlo y a recibirlo tal como él quiere mostrarse; debe darle cobijo activamente. Y esto le exigirá callar, hacer silencio –sobre todo interior-, para poder prestar **atención** a su llamada.

---

<sup>3</sup> Para profundizar en la noción de ‘encuentro’, la forma de acercarse a la realidad desde el ‘otro’ y las consecuencias que se desprenden de este planteamiento es oportuno considerar las siguientes obras fundamentales:

- LAÍN ENTRALGO, P., *Teoría y realidad del otro* (Vol. I-II), Madrid: Revista de Occidente 1961.  
- MARTÍN VELASCO, J., *El encuentro con Dios*, Madrid: S.L Caparros editores 1995.

La vida es apelación-y-respuesta. No hay auténtico encuentro sin un estar a la escucha de la apelación que nos dirige la realidad y sin estar disponible a “*jugarse*” con ella; es decir, sin estar disponible para ofrecer nuestras propias posibilidades e integrarlas con las que nos son presentadas. Sin duda, el yo brota y se configura en el encuentro con el tú. Y nuestra primera sonrisa de pequeños acostumbra a ser la respuesta balbucida a la sonrisa de nuestra madre que nos ha salido al encuentro por propia iniciativa y que nos reclama TODO nuestro ser. Me configuro en el dar y recibir (eso es diálogo), y solo me poseo a mí mismo de verdad en la medida en que me entrego y me derramo sobre los demás. Como dicen los medievales, sólo tenemos de verdad aquello que estamos dispuestos a regalar.

Por otro lado, esta actitud de “*integración*” de las realidades que nos reclaman con nuestra propia realidad, supone también en nosotros una actitud de sencillez y humildad; es decir, la conciencia de ser menesterosos y de estar necesitados de contemplación.

El hombre altanero, p. ej. se cierra ante toda oferta de enriquecimiento porque ésta humilla su convicción de ser autárquico y autosuficiente. No sabe recibir y se resiste a dejarse amar; incluso le entristece la felicidad del otro. En cambio, el hombre sencillo agradece que existan otras realidades valiosas y se alegra con ellas; le encanta que sean distintas de él y adivina en ellas riquezas propias maravillosas, sabe reconocerlas y las llama para que salgan y lo fecunden todo. Y en el fondo intuye que la unión mutua de las riquezas de los otros con las suyas, dará unos frutos mucho mayores y abundantes que los que obtendrían cada uno tomados a solas. Es que  $1+1 > 2$ . El soberbio con voluntad de dominio reacciona con resentimiento ante todo valor que parezca superarle o hacerle sombra.

El hombre humilde se abre de buen grado a lo valioso, y tiende pro ello a recogerse y discernir, silenciando o prescindiendo de lo secundario y, al mismo tiempo, dando hospitalidad a lo esencial o prioritario. El hombre de corazón sencillo se deja sorprender por lo real, no de forma pueril como un cándido, sino con esa “*ingenuidad segunda*” de la que hablaba Peter Wust. Es esa distancia de perspectiva tan curiosa que da la mirada pura y que permite captar la presencia del misterio o de lo profundo allí donde nadie percibe más que vacío o superficialidad. Ese hombre sencillo y humilde sabe experimentar el sobrecogimiento ante la belleza que le sale al encuentro, a veces a través de la aparente fealdad de lo deforme; con sus ojos del corazón sabe reconocer la gloria y vida allí donde una mirada objetivista o escéptica sólo percibiría cruz o

muerte. Es que la sencillez del hombre agradecido va muy unida con el amor a lo grande (profundo) que a menudo está escondido, a lo elevado (magnanimidad), y eso, no sólo le permite elevar todo lo que mira y toca, sino que además permite que emerja lo mejor de sí mismo. Es la experiencia del **éxtasis**, del salir de sí para encontrarse con el yo más auténtico.

Frente al hombre soberbio hechizado por la voluntad de poder y absorbido por el vértigo, se contraponen el hombre sencillo de corazón que se deja encontrar por la realidad y la mira transfigurada, o mejor, la recibe en toda su riqueza como si él fuera el buscado: he ahí el misterio del éxtasis, el ser arrebatado por un amor que lo reclama y que lo atrae hacia la plenitud. Y lo sorprendente es que, al consentir al encuentro y a la comunión, no me 'fusiono' ni pierdo la identidad, sino que, por el contrario, me configuro como persona y dejo que se ilumine (doy a luz) mi más íntima realidad. Este encaminamiento hacia la meta de la plenitud personal, esta marcha o peregrinación (*homo viator*), es lo que produce en el espíritu humano un sentimiento de gozo.

El hombre sencillo y humilde se deja sorprender por la alegría, y ésta lo acompaña siempre, como veremos en medio del dolor. Y la medida colmada del gozo es el entusiasmo, la sensación de plenitud desbordante que se experimenta cuando uno se sumerge creadoramente en una realidad que ofrece grandes posibilidades de realización personal. No olvidéis que "*entusiasmarse*" significa etimológicamente adentrarse en el ámbito de la divinidad, o, más exactamente, verse inmergido en la divinidad y acogido por ella. Este entusiasmo del que hablamos no es una simple exaltación sentimental y fugaz. Es el gozo de estar instaurando una vida personal auténtica y desbordante a través de un acontecimiento fecundo de encuentro. Cuando me sale al encuentro un niño distinto, un paisaje de mi infancia, una pieza musical que me atraviesa o una obra de arte; cuando dos realidades que son campos de posibilidades, es decir, **ámbitos**, entreveran sus potencialidades propias, dan lugar a un ámbito nuevo de mayor envergadura, un campo de libre juego. Al acontecer esto, el tiempo y el espacio adquieren una modalidad festiva.

El encuentro es la raíz de la fiesta, y toda fiesta es luminosa por sí. El que participa en ella y se deja encontrar por el rostro del otro ("*el huérfano, el pobre, la viuda, el extranjero*"), conoce lo gratuito, la espontaneidad libre de una relación que ya no es mercantil ni interesada, sino que se deja conducir por el amor y recibe una paz no buscada. Por cierto, es lo que intuye el cristiano cuando acoge silenciosamente al otro como un sacramento, como un signo sagrado, como una gracia desconocida. Sin darse cuenta, encuentra Cristo en el

hermano y le da hospitalidad en su corazón. *“Muchos sin saberlo acogieron a ángeles”*. Es uno de los frutos del **encuentro**: lo distinto, lo distante, lo externo o extraño al hombre se convierte en **íntimo** sin dejar de ser distinto. Y poco a poco, esos esquemas mentales dualistas tan fríos y peligrosos que nos rodean (dentro-fuera, interior-exterior, sujeto-objeto, lo mío-lo tuyo), se van transformando y purificando en el esquema integrador de **llamada-respuesta**. Entonces todo es gracia, todo es símbolo. El mismo “pan”, p. ej. cuando no lo consideramos como un simple “producto” del trabajo, sino como “**fruto**” de un encuentro (la labor del campesino en la tierra, la semilla depositada en ella, el arte transmitido entre generaciones, la lluvia, el agua y el sol que fecundan su esfuerzo), entonces decimos, tomamos el **pan** como símbolo de la amistad de quienes se reúnen en torno a una mesa; y ese símbolo funda cercanía, intimidad, y es por ello fuente de luz. No es extraño que los discípulos de Emaús hayan reconocido a Jesús al partir el pan. Pero al que le interese profundizar en el tema, hallará el encuentro ejemplar en la parábola del buen samaritano.

4. Nos gustaría terminar esta meditación sobre el **encuentro** con una consideración sobre algo que está latente en las líneas anteriores y que nos ayudará a corregir una posible reducción romántica. Y en el drama que palpita dentro de todo auténtico encuentro, la “muerte” que se exige al que quiere al que quiera participar de verdad en sus frutos.

La palabra **encuentro** (del bajo latín, *“incontra”*, en contra) es etimológicamente el hecho de topar con otro hombre de un modo más o menos hostil. Encontrarse con otro hombre comenzó siendo un *“sentir que el otro está contra mí”*. Sólo poco a poco fue dándose un tránsito en occidente desde una primaria hostilidad a una primaria indiferencia o despreocupación en la relación interpersonal. Entonces, desde aquí, la misma etimología primitiva de la palabra **encuentro**, por tanto, nos remite a un *“frente a”* de las realidades que se encuentran, al ‘conflicto’ que respiran, al carácter irreductible de una y otra, de una EN la otra.

No hay relación de encuentro interpersonal sin una percepción de la alteridad insuperable del otro, sin una toma de conciencia de la resistencia de las personas que se encuentran. Como le gustaba decir a Ortega, el descubrimiento del otro introduce en la esfera de lo “inaccesible en cuanto tal”. El otro no se deja capturar por mi afán de posesión y de dominio, y su intimidad se escapa, como una barrera insalvable, a todos mis intentos ingenuos de comprensión. Si es verdad que el hombre es una realidad abierta y trascendente, entonces aquello que San Agustín dice a Dios (*“Si crees haberlo*

*comprendido, es que no es Dios*”) también es posible decirlo análogamente de la criatura humana que es imagen: si crees haberlo comprendido, es que no es un ser humano.

No hay verdaderamente encuentro sin una actitud de simpatía y de respeto hacia el otro, sin una actitud de **pudor**, que padece silenciosamente con el otro y respeta sagradamente su misterio, para que éste se le regale libremente de forma gratuita sin agotarse nunca<sup>4</sup>. La paradoja es que “con la claridad crece el misterio” del otro (A. von Speyr); que cuanto más se ilumina para nosotros su intimidad y proximidad, más hondura y densidad percibimos en ella y más se nos aleja en su misterio. Por eso, hay algo en todo auténtico encuentro que es **gracia**, don, hay algo que sólo se me entrega cuando he constatado mi incapacidad para acogerlo. Lo de verdad milagroso y sorprendente no es la división y el mal, sino el encuentro y el bien.

Deberemos aprender cada día a morir a nuestro yo posesivo y depredador, y andar por la senda de la humildad y sencillez, para poder transformar nuestros fracasos cotidianos de desencuentros y el mutismo del otro cerrado y replegado en sí mismo, en los gemidos de una súplica que mendiga ayuda. Si “*la muerte es escuchar el silencio de cuando la música comienza*” (Màrius Torres), la incomunicación y la resistencia del otro a entregarse, es el preludio 77777777de la sinfonía del encuentro.

---

<sup>4</sup> Para a profundizar en la noción del encuentro con el otro, con el tú, comprendiendo el otro como ‘*ser en camino, en via*’ (*homo viator*): - MARCEL, G., *El misterio del ser*, Buenos Aires: Edhasa 1971.